

LETRAS

LETRILLAS

L&TRONES

86

LETRAS LIBRES
FEBRERO 2013

ENTREVISTA

VASCONCELOS Y LA DECENA TRÁGICA

*En su edición del 15 de abril de 1940, el diario Novedades publicó una breve entrevista con José Vasconcelos, en la que el autor de *Ulises criollo* recuerda el momento de desconcierto que representó para el país el asesinato de Madero.*



Con objeto de concretar verbalmente el episodio más emocionante en la vida de los revolucionarios, nos dirigimos ayer al despacho del licenciado don José Vasconcelos. Amable, se puso a nuestras órdenes, y sin rodeo alguno le dirigimos la pregunta:

—Licenciado, venimos a que nos diga cuál ha sido el momento más emocionante en su vida de revolucionario.

El autor de *Ulises criollo* se reclina en su sillón, enciende un puro, y después de recordar unos segundos nos dice de improviso, con un ademán imperativo, golpeando sobre la mesa:

—¡Pues ya está! El momento de más viva emoción, aquel que por sus circunstancias especiales nos conmovió a todos, dejándonos desconcertados, fue aquel en que nos enteramos del asesinato de don Francisco I. Madero.



+Vasconcelos: días convulsos.

—¿Cómo supieron la noticia?

—Eran como las cuatro de la madrugada, y nos encontrábamos varios amigos en espera del desarrollo político. Teníamos noticias de que los contrarios habían puesto en juego todos sus recursos, y esto nos hacía temer el trágico desenlace. Al rato un boletín que mandó publicar el gobierno huertista daba cuenta del hecho.

—¿Y qué actitud tomaron?

—Por el momento ninguna: yo era entonces simple amigo de Madero y vivía retirado de las funciones públicas. Al principio parecía que la monstruosidad misma del crimen iba a producir un aplastamiento general, y pasamos aquí en México días de verdadero dolor y desesperanza.

—¿Cómo reaccionó el pueblo?

—Ojalá pudiéramos haber contado con el pueblo; una de las circunstancias más desconsoladoras para tomar alguna actitud era la experiencia que días antes habíamos tenido de su indiferencia ante los acontecimientos de la Decena Trágica. En vano habíamos acudido por los barrios en donde uno o dos años antes reclutábamos multitudes; por todas partes la indiferencia, el terror o el odio hacían sentir su peso.

—Esa postración —agregamos nosotros— no tardó mucho tiempo, porque se suscitaron varios levantamientos...

—Efectivamente, no pasó mucho tiempo sin que tornase a revivir nuestra confianza en el pueblo. Nuevos rumores primero y después noticias confirmadas daban cuenta de levantamientos espontáneos en contra de la iniquidad representada por el huertismo.

—La acción de los caudillos —le decimos—, debe de haber sido para los huertistas algo inolvidable.

—Ya lo creo. Se comentaban sus hazañas, se multiplicaban los valores, el pueblo saboreaba ahora con cierta delicia las guerrillas y los encuentros; porque el pueblo ha tenido siempre una gran fantasía y un gran corazón. Los nombres de aquellos caudillos, los de Eulalio Gutiérrez, los de Francisco Figueroa, Francisco Coss, Talamantes, asumían proporciones de leyenda. Pronto todas las fuerzas auxiliares exmaderistas habían tomado el campo contra el ejército regular que apoyaba a Huerta.

Vasconcelos guarda un momento de silencio, da tres bocanadas al tabaco, y nos dice:

—Comenzó entonces el gran sacrificio de la nación para sacudirse el militarismo huertista, sacrificio que ahora vemos tan dolorosamente estéril...

Puedo considerar aquellos días agitados como los más emocionantes que ha vivido mi vida de patriota. Nosotros teníamos en Madero cifradas nuestras esperanzas, y por eso su muerte nos sacudió violentamente. No ha habido para la nación horas de mayor angustia en toda su historia, que las que se dedicó a sufrir el pueblo inmediatamente después de aquel asesinato. Contra lo que se dice por todas partes, no nos damos todavía cuenta de lo que perdió el país con la caída de don Francisco. Toda una era de construcción social y de adelanto civilizado quedó aplazada quién sabe para cuánto tiempo con el sacrificio del Presidente Demócrata. —

JUSTICIA GRACIAS A LAS VÍCTIMAS

✎ EDUARDO VÁZQUEZ MARTÍN

El origen de la Ley General de Víctimas, publicada el 9 de enero, lo podemos hallar en la Caminata por la Paz que, de Cuernavaca a la ciudad de México, emprendió Javier Sicilia el 5 de mayo de 2011, y en particular en la adhesión de decenas de otras víctimas al reclamo de justicia y verdad. Conforme avanzaba la marcha iba construyéndose una nueva narrativa acerca de la inmensa ola de violencia que padece el país: frente a la versión gubernamental de que la violencia era responsabilidad exclusiva de los criminales y de que el gobierno actuaba como respuesta a esa violencia y con el único interés de hacer prevalecer el estado de derecho, las víctimas describían el abandono y corrupción de las instituciones de seguridad y justicia, el abuso de poder y la violación de los derechos humanos, la cancelación de las libertades y el cruel imperio de la impunidad.

Cuando, el 8 de mayo, la caminata —conformada en ese momento por decenas de miles de manifestantes— llegó al Zócalo, era indudable que se había convertido en un movimiento social. Desde esa nueva condición convocó al gobierno y a la sociedad civil a abordar tres puntos esenciales: cambiar la



Fotografía: Caravan for Peace

+Tragedias que ayudan a pensar la guerra.

estrategia de seguridad nacional, esclarecer las decenas de homicidios y desapariciones sucedidas en el territorio nacional en los últimos años y garantizar la justicia y la reparación del daño para las víctimas.

Una de las conclusiones a las que llegó el Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad (MPJD), mientras recorría el territorio mexicano, fue que, al volverse visibles, las víctimas habían develado su existencia como sujeto social y también jurídico, con quien el Estado estaba en deuda, al haberle negado sus garantías y derechos a la seguridad y a la justicia.

En los diálogos paralelos con los poderes ejecutivo y legislativo, las víctimas y sus aliados plantearon la necesidad de construir leyes e instituciones para la atención integral de las víctimas, a fin de garantizar su acceso a la justicia, su protección y la reparación del daño causado por la acción u omisión del Estado mexicano. El presidente Calderón respondió a estas ideas defendiendo su política de combate al crimen organizado y, a modo de concesión, integró una pequeña procuraduría de atención a víctimas (Províctima), pero sin recursos suficientes ni capacidad operativa y sin participación del movimiento de víctimas. Por su parte, el poder legislativo y las fuerzas políticas ahí representadas abrieron sus espacios para trabajar en una ley que reconociera la condición de víctima y garantizara el derecho de esta a la atención del Estado, a la justicia y a la reparación del daño. Para hacer esto posible convocaron a las organizaciones civiles y a los especialistas y académicos —fundamentalmente del Instituto de

Investigaciones Jurídicas de la UNAM— a trabajar en un marco legal.

El resultado, ya se sabe, fue la creación de la Ley General de Víctimas, aprobada por unanimidad por ambas cámaras y después vetada y controvertida por Felipe Calderón, con el argumento de que era anticonstitucional. No soy quién para opinar sobre técnica jurídica y supongo que en la reglamentación de la ley se pueden ajustar conceptos y acotar lagunas y que el texto literal de la ley es perfectible. Sin embargo, me parece relevante eso que llaman el “espíritu de la ley” y que está bien expresado en su exposición de motivos: “[Esta ley] es una respuesta concreta a la demanda, hoy universal, de visibilidad, dignificación y reconocimiento de derechos de las víctimas del delito y de violaciones de derechos humanos, y el reconocimiento del Estado mexicano de que le devienen obligaciones directas para la atención a estas víctimas, que no solo promueva la ayuda, atención y reparación integral a la víctima, sino que además garanticen la no repetición de los actos victimizantes, y en general eviten la criminalización y victimización secundaria de los afectados”.

Interpreto la controversia del expresidente como una forma de resistirse a este “reconocimiento del Estado mexicano de que le devienen obligaciones directas”, pues este reconocimiento implica a su vez asumir la responsabilidad que le corresponde sobre la situación actual de la violencia. Al publicar la ley, Enrique Peña Nieto está asumiendo responsabilidades y obligaciones como representante del Estado, más allá del gobierno en funciones, y este acto es —en los

hechos— el más importante reconocimiento institucional de la existencia de las víctimas.

Por eso veo la Ley General de Víctimas como un paso positivo, y desde luego totalmente insuficiente, en el camino de la paz, porque el fenómeno de la violencia en México no es marginal, sino que está estrechamente vinculado con la desigualdad, y con la corrupción de las instituciones y del sistema político en su conjunto. El riesgo que advierto es que la promulgación de la Ley General de Víctimas sea considerada como el acto universal de justicia del Estado mexicano y, por decreto, se quiera dar por concluida la violencia.

Una estudiante de la Universidad de Guadalajara, que acompañó a las víctimas el día de la promulgación de la ley, comentó, afuera de la residencia oficial de Los Pinos, que no había observado alegría entre las víctimas al momento de escuchar el anuncio del presidente de la república. Coincidió con ella. La más valiosa aportación del movimiento de víctimas que encabeza Javier Sicilia es que con su acción es probable que, un día, algunas de ellas encuentren justicia. Pero se trata de vidas partidas, de tragedias sin consuelo, que a pesar del dolor que cargan ayudan al país a pensar la guerra y detener la violencia. Gracias a ellas, probablemente, muchos de nosotros no nos convertiremos en otras víctimas. —

LITERATURA **JACQUES DUPIN (1927-2012)**

✎ AURELIO ASIAIN

El nombre de Jacques Dupin está ligado inevitablemente al de René Char —su mentor, su maestro, el prologuista en 1950 de su primer libro, *Cendrier du voyage*— lo mismo que al de los poetas a quienes convocó mucho más tarde, a mediados de los años setenta, alrededor de *L'Éphémère*, la hermosa revista patrocinada por la Galería Maeght: Yves Bonnefoy, André du Bouchet, Paul Celan, Michel Leiris, Louis-René des Forêts. Y al de otros amigos poetas

esenciales: Francis Ponge, Pierre Reverdy, Henri Michaux. Giran alrededor del suyo también los nombres de los artistas cuyos talleres frecuentaba y con los que cultivó una amistad fructífera en exposiciones, catálogos, monografías muchas veces pioneras, ensayos siempre reveladores y, sobre todo, poemas expresa o tácitamente escritos a su luz: Joan Miró y Alberto Giacometti, para empezar, y después Georges Braque, Antoni Tàpies, Pierre Alechinsky, Francis Bacon, Constantin Brancusi, Eduardo Chillida.

¿Qué hay en común en todos esos artistas y poetas, tocados todavía por el fervor de las vanguardias pero marcados por la pesadumbre de la posguerra, la crisis del humanismo y el escepticismo ante los poderes del lenguaje propios del estructuralismo y sus secuelas? Quizá, por encima de la herencia surrealista y el espíritu crítico, compartan sobre todo una estética del despojamiento y la imperfección —“la imperfección es la cima”, dijo Bonnefoy— que, concebida y practicada, enunciada y sin duda traicionada de diversos modos por unos y otros, tuvo en Jacques Dupin una de sus manifestaciones extremas. Voluntad antirretórica, anhelo de materialidad, conciencia de moverse en los límites del sentido, rechazo del discurso y de la anécdota, atracción por lo fragmentario.

Enemigo de todo sentimentalismo (“los tiernos rosales son un obstáculo para la vista”), renuente a cualquier efusión, contenido siempre y engañosamente impersonal (aunque se diría que por sus páginas transitan las figuras erguidas y descarnadas de Giacometti), el lenguaje áspero y árido de Dupin traza un paisaje abrupto que tiene la desolación de un osario. Paisaje mental pero también físico: es el de su región natal, el de las primeras líneas de su poesía, y el de pocos poetas podría tan fácilmente dibujarse. ¿De quién son esos huesos, de qué son esas ruinas? Del poeta mismo (“no se puede escribir sino habiendo muerto”, escribió) y de la civilización a la que pertenece, pero



✦ Un poeta enemigo del sentimentalismo.

también del lenguaje y de la poesía.

Jacques Dupin, que escribió mucho y con mucha penetración e inteligencia sobre el arte y la poesía de su tiempo, tenía un vivo rechazo por la teoría —esa fiebre intelectual de las últimas décadas— y pensaba que el poeta y el artista debían cuidarse de la especulación. Pero sus poemas son un ejercicio intelectual no menos que sensorial. Su poesía es pensamiento y sus ideas son sus visiones. Las más penetrantes son a un tiempo oscuras e iluminadoras. ¿Cómo olvidar las primeras líneas de esta estrofa inicial de uno de los poemas de “De simios y de moscas”?

Simio con el culo color de lila
yo flujo de ti —del peñasco
de los gritos sin voz

de recaída en simulacro
como tragedia

hasta torcer este sagrado cuello
demasiado humano

la estopa arde bajo la sábana
yo no soy el que ruge

sino en medio de la noche
la chispa
el silencio

de la supermosca del muysimio
que alteran la luz
para incorporarla a su voz

Uno entre todos sus libros me es particularmente cercano: *De nul lieu et du Japon*, fruto de una fascinación tan temprana como perdurable y en cuyo título la conjunción revela tanto una oposición como una identidad. Es la única ausencia que lamento en *El sendero frugal*, la inteligente antología



Fotografía: EFE

muy bien editada y traducida por Iván Salinas (Ocelote/Gobierno del Estado de Puebla, 2010). —

ECONOMÍA

LA MONEDA DEL BILLÓN DE DÓLARES

✎ GERARDO ESQUIVEL

El debate sobre la situación fiscal en Estados Unidos se ha tornado extravagante. La discusión más reciente es sobre la posibilidad de emitir una moneda de platino con una denominación de un billón de dólares que ayude a resolver el embrollo político-fiscal en el que se encuentra actualmente el gobierno norteamericano.

La situación es la siguiente: Estados Unidos es uno de los dos países en el mundo en el que el Congreso, además de aprobar los ingresos y gastos anuales del gobierno, también aprueba un límite máximo al monto de la deuda pública (el otro país es Dinamarca). Esto es un tanto peculiar porque podría darse el caso de que una decisión sea incompatible con la otra; es decir, podría ocurrir que los ingresos y gastos aprobados en un cierto año conduzcan, de manera casi inevitable, a endeudarse más allá de lo autorizado en el techo de la deuda pública. Esta indeseable situación es en la que se encuentra actualmente el gobierno de Estados Unidos. A fines de 2012, y después de una larga discusión, el Congreso estadounidense aprobó el presupuesto para 2013. La estructura de este presupuesto, sin embargo, implica que en unos meses se

alcanzará el techo de la deuda por lo que pronto será necesario aprobar un nuevo aumento a dicho límite. Si esto no ocurriera, el gobierno debería ajustar su gasto e incumpliría con algunos de sus compromisos de pago (es decir, incurriría en un *default*). El problema es que algunos congresistas republicanos pretenden obligar al gobierno de Barack Obama a hacer recortes en el gasto en ciertas áreas (particularmente en programas sociales y de salud) a cambio de aprobar el aumento al techo de la deuda. Este intento de extorsión política, que además podría volverse recurrente, ha planteado la necesidad de resolver, de una vez por todas, esta situación.

De entrada, es claro que volver a negociar de manera tradicional con los republicanos no representa una opción. Los republicanos tienen mayoría en el Congreso y ya antes han usado el tema del techo de la deuda en beneficio de sus intereses políticos. Para enfrentar esta situación, se han manejado básicamente dos opciones: apelar a la inconstitucionalidad del techo de la deuda o emitir una moneda de platino con una denominación exorbitante. La primera se apoya en la 14ª enmienda a la Constitución de los Estados Unidos en la que se afirma que “la deuda pública... no deberá ser puesta en duda”, por lo que hay quien considera que el concepto mismo del techo de la deuda contradice dicha enmienda. Esta opción sin embargo, es riesgosa y no hay consenso en que pueda prosperar legalmente. Más aún, durante el tiempo que durara el litigio, habría incertidumbre en torno a la resolución final y los costos económicos y financieros podrían ser enormes.

La segunda opción pretende aprovechar una disposición legal que le otorga al Tesoro de los Estados Unidos la discrecionalidad para emitir monedas de platino por el monto que considere conveniente. Esta disposición, que en un inicio pretendía ser usada para emitir monedas conmemorativas, le da al Tesoro la posibilidad real de emitir dinero sin tener que emitir deuda. Esta moneda no circularía y no tendría que tener un con-

tenido específico de platino, sino que simplemente se trataría de una moneda cuyo valor nominal sería exorbitante y que serviría de respaldo a los pagos del gobierno. Es decir, la moneda podría acuñarse y depositarse inmediatamente en las cuentas del gobierno en la Reserva Federal. Una vez hecho esto, el gobierno podría seguir girando cheques contra sus cuentas de manera tradicional sin tener que emitir nueva deuda. Por supuesto, esta acción podría eventualmente tener efectos inflacionarios pero, por lo pronto, resolvería el tema inmediato de que el gobierno no incumpliría sus compromisos de pago y, más importante para el largo plazo, eliminaría el techo de la deuda como instrumento de coerción política en un contexto de gobierno dividido.

Es cierto, la solución de la moneda del billón de dólares suena un tanto absurda y ridícula, pero es legal y técnicamente válida. En presencia de intentos de chantaje de los congresistas republicanos, es posiblemente la mejor alternativa que podría seguir el gobierno de Barack Obama. De hecho, ni siquiera tendría realmente que llegar a usarla, bastaría con que hiciera una amenaza creíble de que está dispuesto a usarla para obligar a los republicanos a negociar los ajustes al gasto que deberán darse en los próximos meses. Por ello, si la moneda del billón de dólares logra desactivar los intentos de extorsión política, presentes y futuros, se convertiría, paradójicamente, en un instrumento político-económico de valor incalculable. —

VIOLENCIA

VIVIR CON SUERTE EN UNA CIUDAD QUE ARDE

✎ DANIEL HERRERA

Cuando escuché los primeros cinco balazos tan cerca me quedé paralizado por un par de segundos. Y es que eso debe sucederle a cualquiera. Quedarse como idiota, ni siquiera pestañear. Si las balas

hubieran estado dirigidas a cualquiera de quienes estábamos en la mesa ni siquiera podría narrar esto. Al siguiente segundo ya me levantaba de mi silla para saltar al suelo. Tres segundos me tomó reaccionar. Demasiado tiempo.

Ahí, mientras miraba el suelo de cemento, entendí lo vulnerable y frágil que es vivir en Torreón. Mi ateísmo me impidió pensar en cualquier tipo de salvación divina, pero cuando escuché muy cerca tres tiros más, solo alcancé a pensar que simplemente todo acabaría ahí, en el suelo de un bar adonde había decidido ir para tomar un par de cervezas con algunos amigos. Qué manera tan jodida de terminar, pensé.

Pero no, al final todo se trató de una ejecución. A menos de cinco metros de donde estaba había un tipo chorreando sangre y los sesos embarrados contra la pared, lo mataron sentado y con una cerveza a medias sobre la mesa.

Se suponía que en ese bar no tendría que suceder nada. Evitaba ponerme en peligro gratuito desde que había comenzado la violencia gracias a la guerra del narco. Y le llamaré así porque todos los que participan en ella tienen una tajada del negocio de alguna u otra manera. No seamos ingenuos.

No me acercaba a bares y restaurantes con apariencia narco. Suena absurdo, pero cuando tu vida está en la línea aprendes a leer los signos que revelan sus gustos. Pero en ese momento toda mi seguridad fue destrozada. No había lugar seguro a pesar de todas mis precauciones.

Y podría decirse que he tenido suerte o algo parecido. No lo sé, cuando tantos comienzan a caer muertos y uno se mantiene vivo aparece en la mente la falsa sensación de poseer una existencia asegurada, aunque sea de forma precaria.

Tengo suerte o algo parecido, la última ejecución muy cercana que experimenté fue a una cuadra de mi casa y no la vi porque justo acababa de cerrar la puerta de la calle. Mataron a un tipo que iba manejando y terminó estrellándose contra otro auto. Y

también soy un poco cínico, en eso se convierte uno cuando se vive en un infierno. Cinco minutos después de que se terminaron los tiros salí a verificar que mi auto estacionado afuera no tuviera ningún agujero. No es inconsciencia, es adaptación natural. Afuera, los policías en sus patrullas y los soldados en sus camionetas se volvían locos persiguiendo a nadie. Porque es raro que encuentren y arresten a los sicarios.

También la suerte o algo parecido ha estado de mi lado en otras ocasiones, por ejemplo, los soldados solo me han detenido en dos ocasiones dentro de la ciudad. La última vez, sin bajarme de mi auto, me preguntaron a dónde me dirigía. Nada grave, aunque sí arruina el estómago pasar por un cuestionario castrense solo porque una hamburguesa es una buena opción para cenar. La primera iba a bordo de un taxi, algo borracho y con un amigo escritor todavía más alcoholizado que yo. Uno creería que ser un ciudadano consciente y no manejar en esas circunstancias debería excluirte de cualquier problema. Pero los soldados no lo ven así, detuvieron el auto y respetuosamente nos pidieron bajar del carro mientras recitaban las razones legales para hacer lo que iban a hacer. Pensé que no regresaría a casa esa noche y todas las demás. A pesar de que no consumo drogas prohibidas y el leve efecto del alcohol desapareció en cuanto nos detuvieron, el miedo se había instalado en mí. Mientras observaba cómo revisa-

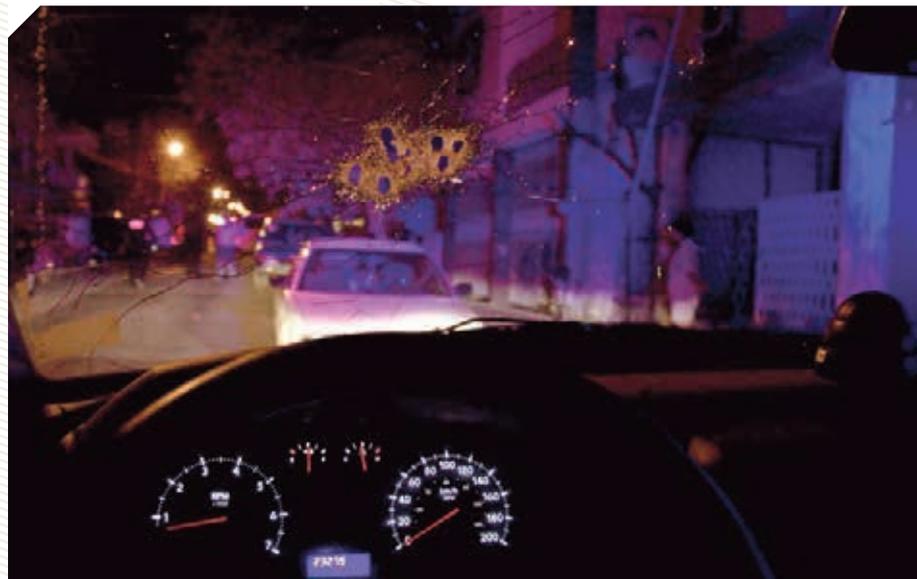
ban minuciosamente el Atos del taxista, no pude quitarme de la mente que me había metido en un problema grave. Al final, nos dejaron ir sin inspeccionarnos.

Y sobre todo he tenido algo parecido a la suerte porque no estuve en ninguna de las tres masacres a bares que sucedieron desde que esta violencia comenzó. No estuve en el Ferrie, donde mataron a diez personas según las cifras oficiales, aunque en todas las masacres se rumora que hay muchas más víctimas. Tampoco pisé El Juanas, donde un exalumno murió y un compañero de trabajo sintió sobre su cabeza la sangre de su amiga que cayó muerta encima de él, ni en el Tornado donde las cifras oficiales se han convertido en un baile de números ridículos y las no oficiales se elevan hasta cincuenta muertos.

Mis amigos me preguntan las razones que me atan a esta ciudad, no tengo muchas, casi todas se pueden encontrar en otro lado, tal vez es porque este lugar me ha dado todo lo que tengo. Es pésimo el argumento, pero no necesito más para querer vivir en un lugar donde las balaceras no me despierten en la madrugada. Creo que ustedes no saben, suenan como si cientos de bolsas de palomitas decidieran explotar al mismo tiempo.

Es el sonido del país cayéndose a pedazos, comenzando por el norte. Ese lugar alejado de la capital donde la vida se desliza suavemente, sin el traqueteo diario de las armas. —

+El miedo de no regresar a casa.



Fotografía: Hans-Maximo Mueelink

COSTUMBRES

APOLOGÍA DE LA INCERTIDUMBRE

✎ARNOLDO KRAUS

Incertidumbre no es solo el antónimo de certidumbre. Es mucho más. Es la certeza de saber que se ignoran detalles, que faltan elementos, y que al abonar dudas sobre temas conocidos el conocimiento mejora y las posibilidades de errar disminuyen. Es también tierra fértil para la sorpresa y la emoción, vivencias fundamentales. La incertidumbre es una invitación abierta donde lo normal y lo conocido, a pesar de serlo, pueden dejar de serlo. Es el espacio donde la mirada atenta desvela rincones inéditos e impensados de cosas y hechos harto conocidos.

En el mundo moderno, con la velocidad de por medio y las respuestas rápidas ofrecidas por la red, son pocas las personas que consideran a la incertidumbre como cualidad. Para la mayoría, para las necesidades contemporáneas, la incertidumbre es un lastre. Responder rápido, sin reparar; recorrer la red, sin cuestionar; bajar datos, sin indagar; preguntar vía WhatsApp, sin mirar; son algunos de los elementos que militan en contra de la incertidumbre y, por extensión, contra la sorpresa, contra la duda, contra la capacidad de admirar, y contra el saber aceptar que le falta saber.

Sorprenderse, dudar y emocionarse son estados mentales de las personas cuyos tiempos difieren de los tiempos rápidos o de los tiempos líquidos como explica con profunda inteligencia Zygmunt Bauman, y cuya capacidad para navegar sin temor por el mundo de la incertidumbre les permite arrojarse de nuevos saberes. Aprenden y corrigen tras mirar, escuchar, preguntar y voltear, para después, con tiempo, en otro tiempo, volver a mirar, volver a escuchar, volver a preguntar, volver a voltear. Volver, por supuesto, como sinónimo no escrito de incertidumbre.

Aprecio la incertidumbre. La escuela de la duda deviene sabiduría y crecimiento. Se cometen menos errores

cuando se admite la falta de certidumbre. En medicina, el galeno arropado por la incertidumbre suele ser eficaz, honesto y ético. Muchos enfermos, agobiados por su pesar, se decepcionan cuando el doctor comparte sus dudas con el afectado. La máxima inglesa “espera y ve” —o mejor, “aguarda, observa y decide”—, aplicada a la medicina y a la vida en general encierra una gran sabiduría. Se cometen menos errores cuando se tiene la posibilidad (y la costumbre) de esperar antes de actuar, de decir “no sé” antes de afirmar, de indagar con humildad antes de asegurar.

El mundo moderno, su rapidez y la dinámica de las relaciones son enemigas de la incertidumbre y de la capacidad implícita en “espera y ve”. Esa conducta es heterónima de incertidumbre y simiente de búsqueda y modestia. Quien aguarda y observa, e interroga acerca de los sucesos cotidianos y conserva la capacidad de sorprenderse —sea el médico cuyo oficio es escuchar “me duele la cabeza cuando volteo hacia el lado izquierdo”, el periodista que observa el nuevo estilo de decapitar, el investigador dedicado a mirar y repasar incontables veces el movimiento de la Luna cuando disminuye más de lo previsible la temperatura o el escritor que se pelea con la coma, o con el punto y coma, y los mueve y los cambia de lugar incontables veces—, crece mientras duda. Crece porque ha convertido la incertidumbre en una forma de vida.

Restar certidumbre a la certidumbre, sumar preguntas nuevas a respuestas viejas, y no dejar de sorprenderse frente a lo trivial o frente a lo ya visto y escuchado, permite mirar de otra forma, aprender a partir de la sabiduría de la incertidumbre y reescribir lo ya dicho.

Incertidumbre no es solo el antónimo de certidumbre. Es algo más. Es también el permiso que se otorga toda persona cuya arquitectura esté dotada por una dosis de autocrítica, otra de modestia, una más de conocimiento y un espacio donde la respuesta que aclaró una pregunta sirva para generar otra pregunta. En ese permiso, el permiso de dudar y preguntar, florece la incertidumbre y se fortalece el ser humano. —



FICUNAM
FEBRERO 21 / MARZO 03 2013
FICUNAM.UNAM.MX
3. FESTIVAL INTERNACIONAL DE CINE UNAM



CONACULTA



CINETECA NACIONAL